de su resurreccion, no recibiendo sino por la mujer el primer acto de latría, la primera adoracion debida á su divinidad: ved á la Iglesia dando principio ya en las mujeres, y sabiendo por ellas que Jesucristo debe obtener toda nuestra confianza como hombre, y que debe ser adorado como Dios.

Y ¿qué hace, qué dice este Divino Salvador? Se deja tocar, estrechar y besar los piés. Con eso dice San Crisóstomo, les dá por la accion de tocar, el argumento más palpable de la realidad de su humanidad, y de la verdad de su resurreccion (1). Más no es posible que la Majestad Divina se manifieste al hombre, aunque bajo el emblema de la bondad más grande, sin excitar en él un cierto terror que sin disminuir su felicidad, contiene la confianza y la familiaridad que Jesucristo exige completas y perfectas de sus fieles servidores, de sus amigos. Por eso con el tono de la mayor dulzura, dice á las santas mujeres tímidas aún en medio de su alegría: "No tengais miedo, no temais nada: *Tunc ait illis Jesus: Nolite timere* (*Ibid.*, 10). Enseñándonos con eso que el temor y el amor de Dios, son el orígen de la verdadera firmeza, del verdadero valor; y que temer y amar á Dios, es el medio para no temer nada de parte de los hombres.

Por estas consoladoras palabras, habiendo elevado á su colmo la confianza y la felicidad en el corazon de sus muy amadas discípulas: Ahora, les dijo el Señor, id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, y que allá ellos tambien tendrán el consuelo de verme: *Ite nunciate fratribus meis ut eant in Galilœam; ibi me videbunt* (*Ibid.*).

Esto era, como se vé, repetirles lo que les habian dicho los ángeles, y por eso el Señor les prueba, dice Severiano, que el ángel les habia hablado en nombre de su Divino Maestro, y que la aparicion y el discurso del ángel, no habian sido una ilusion. Así es como Dios, por la accion secreta de su gracia, confirma siempre más en la certidumbre de la fé á los fieles que creen en la predicacion y en la enseñanza de los ángeles terrestres, los ministros de la Iglesia que Dios envia para evangelizar al mundo (1).

1. "Tenuerunt eum. Per tactum resurrectionis documentum et certitudinem acceperunt."

Esto era, como se vé, repetir á las santas mujeres reunidas, con relacion á los apóstoles, la misma palabra llena de amor que el amable Salvador habia pronunciado hablando de ellos á Magdalena. Les llamaba aún sus hermanos; sus discípulos son pobres, ignorantes y tímidos, y sin embargo, el Rey de la gloria no se desdeña en nombrarlos muchas veces "sus hermanos," para fortalecer su esperanza, para animar su valor abatido y provocar su amor, haciéndoles asegurar con anticipacion que ellos encontrarán en el Señor á su hermano. ¡Oh! Esta repeticion de la misma palabra "hermanos," dirigida á los hijos del hombre, es deliciosa, encantadora en la boca del Hijo de Dios! Sabemos por esta repeticion, que nuestro amable Señor no solamente no se ruboriza con nuestra fraternidad, con nuestro parentesco, sino que de ello hace su gloria y su felicidad.

11. *Incredulidad de los apóstoles á los testimonios de los que habian visto á Jesucristo resucitado. Reproches que por ello les hace el Señor. Esta incredulidad ha hecho, sin embargo, más brillante la verdad de la resurreccion. Estupidez de los que no creen este dogma por el testimonio de la Iglesia. La mujer incrédula es ridícula.*

Impacientes por cumplir esta mision de amor que la bondad del Salvador les encarga, las santas mujeres no andan, sino que corren hácia la ciudad á llevar á los discípulos la grande nueva de la resurreccion del Señor: *Currentes nunciari discipulis* (*Matth.*, 8). Magdalena es la primera que toma la palabra, y cuenta con los más minuciosos detalles á los apóstoles reunidos, cómo ella acababa de ver al Señor resucitado, y lo que El le habia ordenado les dijese: *Venit Maria Magdalena anuncians discipulis: quia vidi Dominum, et hæc dixit mihi* (*Joan.*, 18). Toda esta reunion de hombres, apóstoles y discípulos del Señor, se hallaba en el colmo de la afliccion y del dolor: no hacia sino llorar y gemir la pérdida de su Maestro:

1. "Quod dixerat angelus dicit Dominus, ut quos angelus firmaverat Christus redderet firmiores."

Illa nunciavit his qui cum eo fuerant lugentibus et flentibus (*Marc.*, 10). Parece, pues, que el anuncio de Magdalena de que Jesucristo vivia, debia ser recibido con alegría y asentimienio, por hombres que sentian tan vivamente la muerte de su Maestro. Se cree pronto lo que se desea saber y lo que consuela; más aquí no sucedió lo mismo. Magdalena afirma y asegura que ha visto al Señor llena de vida y hermosura, y los apóstoles y los discípulos protestan que ellos nada creen: *Illi audientes quia viveret, et visus esset ab ea, non crediderunt* (*Marc.*, 11).

En seguida las otras santas mujeres afirman también á su turno, haber visto todas juntas al Señor, haber estrechado sus piés, y haberle oido repetir á ellas lo que ya habia dicho á Magdalena sola; pero ellas no fueron por eso más felices: no se quiso creer solo á su testimonio, el que, sin embargo, por el número y la calidad de los testigos y por su perfecta uniformidad, presentaba todos los caracteres con el sello de la verdad.

No es esto todo: el testimonio de los hombres no es mejor acogido por los apóstoles y los discípulos, que el de las mujeres. Algunas horas despues, el Señor resucitado aparecia á los discípulos yendo á Emmaus, los cuales, al instante mismo vuelven apresurados á Jerusalen, á traer esta grande y dichosa nueva á sus colegas y á sus hermanos reunidos: *Et surgentes, eadem hora, regressi sunt in Jerusalem; et invenerunt congregatos undecim, et eos qui cum illis erant* (*Luc.*, 33). Nosotros lo hemos visto con nuestros ojos, decian ellos: hemos estado con El en la misma mesa: no lo habiamos conocido desde un principio, aunque nuestro corazon se estremecia de una secreta alegría, de un ardor misterioso oyéndolo hablar: *Cor nostrum ardens erat dum loqueretur:* lo creiamos un peregrino; más oyéndolo desarrollar delante de nosotros, y explicarnos todos los pasajes de las Escrituras, tocando su resurreccion y mirando consagrar y dividir el pan eucarístico, como lo habia hecho en la última cena, los ojos de nuestro espíritu se han abierto, nos hemos convencido que era El y nadie más que El: *Et ipsi narrabant quæ gesta erant in via, et quomodo cognoverunt eum in fractione panis* (*Ibid.*, 35). Más tampoco eso ha hecho nada: este testimonio tan claro, tan puro, preciso y circunstanciado, es rechazado, tampoco es creido: *Nec illis crediderunt* (*Marc.*, 13). ¡Oh! ¡Qué ceguedad, qué obstinacion de los apóstoles! Jesucristo tuvo bastante razon al llamarles hombres estúpidos y de un espíritu incrédulo: *O stulti et tardi corde ad credendum* (*Luc.*, 23). Tuvo razon al dirigirles los más vivos reproches á causa de una dureza tal de corazon como la de ellos, de semejante obstinacion de espíritu, rehusando reunirse á testimonios tan multiplicados de personas que acababan de verlo con sus propios ojos en toda la plenitud de su vida, en toda la hermosura de la gloria de su resurreccion: *Exprobavit incredulitatem eorum, et duritiam cordis, quia illis qui viderant eum resurrexisse non crediderunt* (*Marc.*, 16).

Más ¿qué quereis? Esta vez los apóstoles y los discípulos quisieron en esta circunstancia jugar un poco á sabios y prudentes, á los cuales están ocultos los misterios de Dios, y no fueron dignos de conocer, de creer inmediatamente la resurreccion del Señor, uno de esos mismos misterios de Dios que no son revelados á los párvulos: y que no son sentidos y comprendidos sino por ellos, *Abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.*

Sin embargo, dice San Gregorio; no es solamente por castigar su pequeño orgullo y para darles una leccion práctica del precio de la humildad, sino que es un designio de misericordia para nosotros, que Jesucristo haya permitido que sus apóstoles y sus discípulos tuviesen tanta dificultad para creer su resurreccion. Esta debilidad de su fé ha causado la estabilidad de la nuestra. Esta dificultad que ellos tuvieron para admitir desde luego el dogma del Salvador resucitado, nos han valido todas esas apariciones, todos esos argumentos de todo género, por los cuales Jesucristo ha querido poner fuera de toda contestacion ese gran misterio. Leyendo en los Santos Evangelios todas esas apariciones y todos esos argumentos, ¿no es verdad que nuestra fé es otro tanto más fácil-más sólida, como ha sido la de los apóstoles difícil y débil? Bajo este concepto, la incredulidad de Santo Tomás nos ha hecho más bien que la fé de San Pedro (1).

1. "Quod illi dominicam resurrectionem tarde crediderunt non tam

En efecto, por lo mismo que los apósloles y los Evangelistas no han querido creer en la resurreccion del Señor por el testimonio de otros, por eso mismo, como lo nota San Lucas, Jesucristo ha tenido á bien renovar este testimonio por una infinidad de maneras, mostrándose á ellos llenos de vida, conversando familiarmente con ellos, comiendo con ellos, dejándose tocar, palpar por ellos durante cuarenta dias, revelándoles misterios del reino de Dios: *Quibus et præbuit seipsum vivum post passionem suam, in multis argumentis, per dies quadraginta apparens eis et loquens de regno Dei* (*Act.*, I, 3). Por esta misma repugnancia de los apóstoles en creer la verdad de la resurreccion antes de haberla examinado bien y probado ellos mismos, este gran misterio, que es la prueba y el sello divino de todos los otros misterios de Jesucristo, de su divinidad lo mismo que de su humanidad, es un hecho incontestable, rodeado de todos los caracteres de la evidencia de la verdad; y anunciándolo al mundo y enseñándonoslo por su predicacion y por sus escritos, no han podido engañar al mundo ni engañarnos á nosotros, puesto que ellos no han podido ser engañados: *Quod vidimus, quod audivimus, quod manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ, hoc annunciamus vobis* (I *Joan.*, 1).

Magdalena, pues, lo mismo que las santas mujeres sus compañeras, predicando ella primeramente á los apóstoles el Evangelio y la resurreccion, no es solamente una mujer histórica sino segun el hermoso pensamiento de los Padres, una mujer profética, en la cual está representada la Iglesia (1).

San Marcos ha notado que esta María Magdalena que fué la primera que tuvo la dicha de ver al Señor resucitado, y que fué á anunciarlo á los discípulos, es esta misma mujer que Jesucristo habia librado de siete demonios: *Apparuit primo Mariæ Magdalenæ, de qua ejercerat septem*

" illorum infirmitas quam nostra, ut ita dicam, futura firmitas fuit. " Ipsa namque resurrectio, illis dubitantibus, per multa argumenta " monstrata est. Quæ dum nos legentes aspicimus, quid aliud quam " de eorum dubitatione solidamur" (Loc. cit.)?.... "Plus Thomæ in- " fidelitas ad fidem quam fides credentium discipulorum profuit (Ho- " mil. 26).

1. "Nunciat apostolis Maria, non jam fœminam, sed ecclesiam ges- " tans (Severianus Gabal. in Cat)."

dæmonia (v. 9.); lo cual, segun los Padres, significa que Jesucristo habia libertado á Magdalena de siete vicios capitales, por los cuales los demonios trabajaban sobre el hombre, esto es, de la universidad de los vicios, y habia hecho de ella una santa (1). Es, pues, un verdadero tipo de la Iglesia de los gentiles, de la Iglesia romana que Jesucristo por la predicacion de los apóstoles, ha librado de los siete demonios, de todos los vicios por los cuales ella era tambien el juguete de todos los errores, y la ha hecho una Iglesia tan santa como católica y apostólica: una Iglesia madre de todas las iglesias, y la ha encargado de anunciar en la série de los siglos su Evangelio por todo el mundo.

En la persona de los apóstoles y de los primeros discípulos, en número de quinientos, como lo asegura San Pablo (I *Cor.*, xv) esta Iglesia ha visto realmente con sus ojos al Señor, lo ha oido hablar y nos enseña lo que ha aprendido de su boca divina: de suerte que ella nos puede repetir las mismas palabras de Magdalena: "Sí, yo he visto verdaderamente al Señor, y lo que yo os digo es en su nombre, por que El mismo me lo ha dicho: *Vidi Dominum; et hæc dixit mihi.*

Los apóstoles eran en alguna manera excusables de no haber dado crédito desde un principio al testimonio de Magdalena y de las otras mujeres, porque al fin era un testimonio de mujeres. Mas ¿cómo puede excusarse á los que, en nuestros dias rechazan el testimonio de la Iglesia, que no es ciertamente sino el testimonio de los apóstoles y de los primeros Evangelistas; testimonio tanto más fuerte y sólido, cuanto ellos han sido lentos, rehacios y opuestos á creerlo: pero ellos no han creido sino despues de haberlo visto todo y justificado; y que por su duda é incredulidad misma, han hecho el asunto de la Iglesia; el quehacer del mundo, estableciendo con pruebas inalterables la fé del mundo y de la Iglesia? ¿Cómo puede excusarse á los que no habiendo visto sino su persona, y no habiendo oido sino sus pensamientos, osan resistirse contra el testimonio de la Iglesia que ha visto

1. "Septem dæmonia Maria habuit, quia universis vitiis plene fuit " (Theophil.). Quid septem dæmonia nisi universa vitia significant " [Gregorius]?"

y oido al mismo Dios? *Vidi Dominum, et hæc dixit mihi?* ¡Ah! ellos se creen, se dicen por eso espíritus fuertes, mientras que no son, sino como los llama Jesucristo, insensatos y de corazon débiles, que no tienen la fuerza ni el valor de creer: *O stulti et tardi corde ad credendum!* Y si esta incredulidad es imperdonable en el hombre, en la mujer es escandalosa, y al mismo tiempo ridícula.

Sí, la incredulidad, lo mismo que la blasfemia y la embriaguez, tiene alguna cosa de más insoportable; de más horrible y al mismo tiempo de más extraña en la mujer que en el hombre. Nacida para creer, pues que ha nacido para amar y el amor excita á la fé, la mujer no pueda aparentar que va á examinar, que va á hacer la filósofa, la incrédula, sin excitar al mismo tiempo en los que le escuchan, disgusto y fastidio. Cuando se la oye decir: "Yo no puedo admitir, no puedo creer tal ó cual dogma de la religion," es seguro que esto no es porque tal ó cual dogma encuentra una oposicion reflexionada, grave en su alta razon; sino porque ella ha aprendido que esos dogmas encuentran oposicion en la razon de algunos hombres, y que por un sentimiento propio de los niños, quiere darse importancia y valor remedando al hombre; lo cual, lejos de elevarla, la rebaja á los ojos mismos del incrédulo, y la hace odiosa. Ordinariamente el hombre que no cree, aun cuando maldiga á la mujer que cree sinceramente, la respeta: mientras que al contrario, aun cuando le halague todo en la mujer filósofa, él la desprecia. Estos son, pues, los verdaderos principios de la incredulidad: para un corto número de incrédulos que forma la ignorancia, lo son por inconsecuencia, por extravagancia, por ligereza de espíritu, por vanidad y por corrupcion de corazon.

12. *Por qué ha sido disculpada y perdonada la incredulidad de los apóstoles, mientras que la de los falsos filósofos ha de ser cruelmente castigada. Necesidad de admitir la enseñanza de la Iglesia, y de hacernos pequeños para conocer bien á Dios y sus misterios.*

La incredulidad de los apóstoles al anuncio, que recibieron por las mujeres, de la resurreccion del Señor, extraña á todas estas causas, fué menos una falta que un error, menos de orgullo que de timidez, menos de malicia que de debilidad. Aun cuando no creyesen que el Señor habia resucitado, no por eso deseaban menos esta resurreccion; no lloraban menos, ni gemian, ni estaban menos desconsolados porque este gran suceso que debia cumplirse el tercero dia, no les fuese aun bastante conocido ni bien justificado: *Lugentibus et flentibus (Marc.). Sperabamus quod ipse esset redempturus Israel, et nunc tertia dies est hodie, quod hæc facta sunt* (*Luc.*, XXIV). Habia en el fondo de sus corazones incrédulos alguna cosa parecida á la fé, á la esperanza, al amor. Así el amable Salvador, reprochándoles esta incredulidad, *Exprobavit incredulitatem eorum;* se las perdona, porque segun la órden de San Pedro, en la noche, habiéndose reunido todos en la montaña de Galilea y habiéndose encerrado en una casa, Jesucristo entró en ella sin abrir las puertas, como acababa de salir del sepulcro sin quitar la piedra que lo cubria. Se encontró en medio de ellos, se les mostró y dió á todos la paz. Los exhorta á no tener miedo, les enseña las cicatrices de sus llagas, les invita á tocar sus carnes sagradas, come con ellos y les comunica su Santo Espíritu, confiriéndoles el don de la inteligencia de las Escrituras. Les dió la mision de evangelizar la penitencia, el perdon y la salud en todo el mundo (*Luc.*, v. 36—47; *Joan.*, v. 19—31). Pero nuestros incrédulos no rehusan aceptar el testimonio de la Iglesia; no se ciegan voluntariamente en presencia de la inmensa luz que rodea la enseñanza de la Iglesia, no rechazan la verdad, sino por el interes de las más vergonzosas pasiones. Ellos la rechazan, no porque es incomprensible, sino porque les es insoportable; no porque no la conocen, sino porque no la aman; y su incredulidad es un grande pecado y un grande error. No encontrarán la verdad donde no quieren hallarla. Jesucristo, como lo ha pronosticado, será inaccesible al orgullo de sus razones, á la mala fé de sus pesquisas. Ellos no lo verán, ni lo encontrarán sino por la fé, y morirán en el pecado de su ceguedad voluntaria y de su incurable obstinacion. *Quæritis me, et non invenietis; et in pecato vestro moriemini.*

Pedro no habia participado de la incredulidad con la

que sus colegas acogieron la revelacion de las mujeres: habia sido el primero y el único, dice San Eusebio, en admitir el testimonio de las santas mujeres que afirmaban haber visto á los ángeles (1). Enternecido hasta conmoverse este apóstol, de lo que los ángeles á nombre de Jesucristo habian dicho á las santas mujeres *de traer nominativamente* Á PEDRO *la grande nueva de la resurreccion del Señor*, cree él solo esta resurreccion, y por eso mereció que el Señor, apenas resucitado se le apareciese á él solo de una manera particular: *Surrexit Dominus, et apparuit Simoni* (*Luc.*, 34). Así como Magdalena la pecadora ha sido la primera entre las mujeres en ver al Salvador resucitado, Pedro el perjuro ha sido el primero entre los hombres en tener la misma felicidad, á fin de que los pecadores sepan que arrepintiéndose sinceramente de sus faltas, y marchando sin mirar atras en la senda de la humildad y de la penitencia, pueden aguardar ser preferidos por Jesucristo, aun á las almas más inocentes, puras y perfectas.

Entretanto, ved aquí á Pedro comenzando á llenar la mision especial que el Divino Maestro le ha encargado, de confirmar á sus hermanos en la fé, despues de haber creido bien él mismo: *Et tu, aliquando conversus, confirma fratres tuos* (*Luc.*, XXII). Porque dándoles parte de la gracia de predileccion que acababa de recibir, lograria hacerles creer la resurreccion del Señor. Así cuando los dos discípulos volvieron á Emmaus, contaron á todos cómo habian visto y reconocido al Salvador resucitado, y que algunos de sus discípulos no quisieron creer en la realidad de esta aparicion, los apóstoles al contrario les dijeron: Nosotros sabiamos ya todo eso. El señor ha resucitado VERDADERAMENTE, pues que se ha aparecido á *Simon: Surrexit Dominus* VERE, *et apparuit Simoni* (*Luc.*, 34).

Observemos tambien, queridos hermanos mios, que los apóstoles, y á su ejemplo los discípulos, aun no habian acabado este bello acto de fé cuando el Señor se encuentra súbitamente en medio de ellos, anunciándoles la paz. Así como las santas mujeres no habian visto al Señor sino despues de haber creido su resurreccion por el testimonio de los ángeles: y así como Pedro no lo ha visto sino despues de haber creido tambien el mismo misterio bajo el testimonio de las mujeres, así tambien los apóstoles y los discípulos juntos á su turno, no han visto á Jesucristo resucitado, sino despues de haber creido esta misma verdad sobre el testimonio de Pedro. Todo esto significa que la Providencia ha establecido esta regla de conducta con respecto al hombre de no darle inteligencia clara, conocimiento completo; yo diria casi la vision espiritual de los misterios de la religion, sino despues que ha hecho acto de humildad creyendo estos mismos misterios bajo el testimonio de la Iglesia. Así es que mientras en la escuela de los hombres no se cree sino despues que se comprende, y que la inteligencia de las cosas precede á la fé, en la escuela de Dios, al contrario, no se comprende sino despues que se ha creido y la fé es la que precede; y es la condicion *sine qua non* de la inteligencia, *Nisi crediderites, non intelligetis.* Mientras que en el mundo material no se encuentra sino en alto la luz, en el mundo espiritual no se encuentra sino en bajo. ¿Qué quereis que yo haga? decia en voz alta San Pablo. Así es como á Dios le plugo no querer salvar sino al hombre que comienza por aceptar la aparente locura de la cruz, y por creer, sin comprenderlos, los grandes misterios de la religion; *Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes* [I *Cor.*, I]. Porque el orgullo ciega y la humildad ilumina; porque el hombre, habiendo caido porque quiso elevarse hasta Dios, no puede ser relevado sino humillándose bajo de sí mismo porque como todo pecado ha comenzado por el orgullo *Initium omni peccati superbia est*, asimismo la gracia no es concedida sino á la humildad; *Humilibus dat gratiam.* Porque haciéndose pequeño, á los ojos de Dios es uno grande, y reduciéndose á la simplicidad de los niños, es como se entra al reino de los cielos, y esto es porque la salud no es sino la conquista, el precio de la humildad; *Revelasti ea parvulis: Nisi quis se humliaverit sicut parvulus non intrabit in regnum cœlorum.*

Es, en efecto á las santas mujeres, es tambien á los apóstoles, á los verdaderos discípulos de Jesucristo, que

1. "Quia solus credidit fœminis dicentibus se angelos vidisse."

el ángel ha dicho: Vosotros veréis en la Galilea al Señor resucitado: yo os lo predigo, os lo prometo, como El mismo os lo ha predicho y os lo ha prometido: *In Galilœa ibi eum videbitis sicut dixit; ecce prædixi vobis.* Así, pues, la palabra *Galilea ó trasfiguracion* y *trasformacion* significan segun San Agustin, esta trasfiguracion, esta trasformacion dichosa de la humanidad del Salvador, antes paciente y mortal y vuelta por la resurreccion inmortal y gloriosa; significa tambien esta trasformacion, esta trasfiguracion no menos dichosa que recibirá el hombre mismo que se haya asociado á los misterios de su Salvador, y en la cual verá á este Divino Salvador en toda su gloria como está él mismo. No es, pues, sino una palabra, añade San Gerónimo, que el ángel ha dirigido á las santas mujeres y á los apóstoles, diciéndoles en nombre de Jesucristo que ellos lo habrian visto todos *en la Galilea;* pero esta palabra Galilea tan corta por el valor de las sílabas que la componen, es inmensa por el valor de la promesa que contiene. Por esta palabra el ángel les ha indicado que el precio de la salud eterna les está asegurado: que el orígen de la verdadera alegría, les está abierto en la verdadera Galilea, en el cielo, donde ellos habrán visto al Señor mas bien que en otro tiempo sobre la tierra. (1).

Notemos tambien que Jesucristo resucitado se ha aparecido seis veces el dia de su resurreccion. La primera vez á su divina Madre: la segunda á María Magdalena: la tercera á las santas mujeres reunidas, volviendo del sepulcro: la cuarta á San Pedro: á los dos discípulos de Emmaus la quinta; y á los discípulos reunidos en la montaña de Galilea; y á los apóstoles todos en la noche del mismo dia, la sexta vez. Mas vosotros lo veis, hermanos mios; á las mujeres es á quienes Jesucristo se ha mostrado antes de mostrarse á los hombres. Las mujeres son las que han visto á los ángeles y han sabido de su boca la primera noticia de la resurreccion del Señor: las mujeres son á quienes ha instruido primeramente el Señor mismo, en los mas grandes misterios de la religion, y quienes han sido encargadas por El de anunciarlos y de evangelizar á los hombres. Las mujeres han sido iluminadas en este gran dia por la luz divina, y colmadas de consuelo y de esperanza, y por colmo han sido aseguradas de la posesion de la gracia, del amor del Salvador del mundo y de la promesa de gozar un dia de la gloria eterna.

1. "Brevis sententia in syllabis, sed ingens in quantitate promis-" sio. Ibi est gaudii fons et salusti æternæ origo præparata." "Ibi " eum videbitis; sed non sicut vidistis."

Vosotros convendréis, pues, hermanos mios, que estas mujeres han sido muy dichosas; bien recompensadas de la sencillez de su fé, del fervor de su piedad, de la constancia de su afecto, de la generosidad de su dedicacion, y convendréis tambien que solo los tiernos sucesos que hoy han acaecido en Jerusalen, y que yo acabo de exponeros, son la prueba mas luminosa, la mas palpable del mérito inmenso que tienen á los ojos de Dios, la humildad de espíritu, la sinceridad del deseo, la rectitud del corazon; tanto cuanto es deplorable la suerte de los prudentes y sabios segun el mundo; así como es grande, rica, inefable, completa y perfecta la felicidad de los sencillos y de los párvulos segun el Evangelio: *Confiteo tibi, Pater, quia abscondisti hæc sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.*

Pero me restan aún algunas palabras que deciros sobre la naturaleza de las prácticas que siempre, segun el mismo Evangelio de la resurreccion, debemos seguir para tener parte en los frutos, en las gracias inefables de este gran misterio. Este es el objeto de nuestra última parte.